

SIGMUND FREUD (1914c)

“Para la introducción del narcisismo”¹

(“Zur Einführung des Narzissmus”)

(Traducción, presentación y notas de Juan Bauzá)

Presentación

El título de este artículo consta por una parte del sustantivo *Einführung*, que designa el hecho de llevar algo hacia algo otro, y sugiere la idea de “hacer entrar algo en otra cosa”, en este caso el *narcisismo* en la teoría psicoanalítica. Hay que hacer notar que se trata de una propuesta de introducción *del* narcisismo, y no de una introducción *al* narcisismo. En definitiva se trata de introducir el narcisismo como término teórico y el concepto que subsume en la teoría psicoanalítica, con las consecuencias clínicas y teóricas que pueden desprenderse de esta iniciativa.

No es ni la primera ocasión en que Freud utiliza este término, ni el primer texto psicoanalítico donde él mismo figura, como veremos enseguida. En el presente texto freudiano se tratará de fundar la noción como operador metapsicológico.

El término en cuestión remite al personaje mitológico Narciso, introducido por el poeta latino Ovidio en *Metamorfosis*, III, 339-355. Formando parte en la época del escrito de Freud del vocabulario sexológico, donde designaba una perversión –tratamiento del cuerpo propio como objeto sexual (Véase Paul Näcke, 1899, “Kritisches zum Capitel der normalen und pathologischen Sexualität”, *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, 32). Freud pretende redefinir la significación del narcisismo, al introducirlo en la metapsicología, dándole a esta “perversión” un estatuto estructural, que formará parte en mayor o menor medida del desarrollo normal de cualquier sujeto.

Hay que remontarse a 1909 para ver aparecer el término “narcisismo” en el discurso de Freud. Así en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 10 de noviembre de 1909, durante una conferencia de Sadger, se refiere al narcisismo como un “estadio necesario de la evolución sexual, intermedio entre el autoerotismo, cuyo modelo es la masturbación, y el amor de objeto”, momento en que “el sujeto [...] puede y comienza a tomarse a sí mismo, a su propio cuerpo, como objeto de amor [y es capaz de experimentar con él mismo y en relación con su cuerpo como objeto sexual una satisfacción sexual]” (Véanse las *Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena*, ed. francesa t. II, p. 282). Freud estaba preparando por entonces la 2ª edición de los *Tres ensayos de teoría sexual*, cuyo “Prólogo a la segunda edición está fechado en diciembre de 1909, y probablemente la primera mención pública del nuevo término es la que se incluye en una nota al pie agregada en esa edición (véase p. 14, nota 33 de nuestra traducción en la web: www.auladepsicoanalisis@terra.es en “Textos”), suponiendo que la nueva edición se dio a conocer en los primeros meses de 1910, porque a fines de

¹ El texto original alemán que tomamos como referencia es el que se publicó en FREUD, S., *Studienausgabe*, vol III: *Psychologie des Unbewussten*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, pp. 37-68.

mayo del mismo año apareció el libro sobre *Un recuerdo de infancia de Leonardo da Vinci* (1910c), donde hay una referencia considerablemente más extensa al narcisismo. Hay que destacar no obstante que el término había sido empleado por Otto Rank tres años antes en su artículo: “Una contribución al narcisismo” (1911). Pronto siguieron otras referencias del propio Freud, por ejemplo en el caso Schreber (1911c), y en *Tótem y tabú* (1912-13). Será en 1913 que Freud considera que hay que consagrarle un ensayo específico.

La idea de escribir el presente artículo se menciona por primera vez en las cartas de Freud de junio de 1913, y será en septiembre de 1913, durante una estancia en Roma (del 10 al 27) en compañía de su cuñada Minna Bernays que Freud “esboza el proyecto completo” de su artículo, del que se encuentra ya un primer borrador acabado a finales del mes de septiembre. Le anuncia a Abraham en una carta del 21 de septiembre “que ha llevado a cabo el esbozo de un ensayo sobre el narcisismo” y a Ferenczi el 22 de septiembre que “El narcisismo... está en plena elaboración”; y el 1 de octubre declara que “El narcisismo está casi terminado”, pero falta pasar a limpio. La redacción final se encontrará acabada en febrero-marzo de 1914. El 3 de junio de 1914, Freud interviene ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena bajo el simple título: “Narcisismo” (Cf. *Actas*, t. IV). El texto apareció en el primer número del *Jahrbuch der Psychoanalyse*, que sucedía al *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen*, después de la partida de Jung, el mismo número en el que apareció la *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*.

El texto comporta tres secciones sin títulos. La primera sección justifica a la vez la extensión de la noción de narcisismo (sexológica) como dato estructural y su introducción “en” el psicoanálisis. La segunda sección explora los fenómenos susceptibles de ilustrar el concepto en su régimen psicoanalítico, y así pues muestra los primeros efectos de su reconocimiento. La sección III sugiere los efectos de la revisión metapsicológica correlativos a la introducción del narcisismo, bajo la noción de “yo ideal” o “ideal del yo”.

Es importante destacar que en el presente ensayo Freud no se limita a introducir el narcisismo, sino que lo vincula a una serie de cuestiones que esta noción plantea en el conjunto de la teoría psicoanalítica. Introduciendo además las nociones de narcisismo primario y narcisismo secundario, conceptos nada fáciles pues conocen varias acepciones en Freud mismo y en los analistas post-freudianos. En esta contribución, Freud reafirma la naturaleza sexual de la libido y describe un narcisismo primordial, que llama *narcisismo primario*, en el cual el niño se toma como objeto de amor y como centro del mundo, podríamos hablar de un egocentrismo primordial, donde el universo se halla autoreferido, antes de poder considerar los objetos exteriores como autónomos e independientes de él y dirigirse hacia ellos como otros. El narcisismo primario pues es un estadio primitivo, anterior incluso a la constitución del yo (*moi*) y en sentido estricto *anobjetal* o al menos *indiferenciado* objetalmente, *sin escisión o división entre el sujeto y el mundo exterior al mismo*. Lacan profundizará en esta cuestión con su noción del *estadio del espejo* como matriz del yo. A partir de ahí la capacidad de amar por ellas mismas a personas percibidas como separadas y diferentes de sí constituye un progreso en la vida del individuo y de relación con otros, pues a su vez el amor del otro reanima también el amor a sí mismo en retorno, es ese retorno de investidura sobre sí a partir del amor del otro que Freud llama *narcisismo secundario*. Durante el desarrollo el

narcisismo secundario e incluso la exaltación narcisista que puede producir, establece el fundamento de la autoestima y coexiste con el amor objetal.

Pero a su vez puede hablarse de una patología narcisista, cuya gravedad varia y puede ir desde el delirio de grandeza u otros delirios en el caso de psicosis, aunque se habla de neurosis narcisista, toda neurosis lo es en cierto modo, pues se produce como defensa para proteger ese narcisismo, que lleva a una negación de una parte de la realidad que es humillante para ese narcisismo.

Asimismo la elección de objeto es fundamentalmente narcisista, aunque Freud distingue una elección de objeto de sostenimiento, donde el objeto es reconocido como distinto de sí mismo pero útil como sostén o soporte material vital o sexual, y de una elección de objeto propiamente narcisista, que se funda en el amor que el individuo tiene pro sí mismo identificado en el semejante, a quien se parece. En el texto de Freud esto se matizará como veremos.

Es interesante asimismo la consideración del narcisismo en relación con la transferencia, necesaria para el establecimiento de un psicoanálisis.

Este artículo será el punto de partida de muchas líneas de pensamiento posteriores, en el propio Freud en primer lugar, y en otros autores posteriormente. En cuanto a Freud, algunas de sus ideas se siguieron elaborando en “Duelo y melancolía” (1917e), y en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c), caps. VIII y XI. El tema del narcisismo ocupa también la mayor parte de la 26ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17). Asimismo *El Yo y el ello* (1923b) en relación con la noción del yo es un referente importante al respecto.

En cuanto a otros autores postfreudianos podemos señalar:

Lou Andreas-Salomé que escribe en 1921 *El narcisismo como doble*; Bela Grunberger, *El narcisismo* (Payot, 1971), que recopila una serie de contribuciones en una quincena de años, marcadas por publicaciones regulares de 1956 a 1966 sobre este tema; André Green, *Narcisismo de vida y de muerte* (Éd. De Minuit, 1983); Heinz Kohut, Otto Kernberg y Jacques Lacan con su noción de “Estadio del espejo”, han realizado interesantes aportaciones a esta noción fundamental.

Juan Bauzá

El texto de Freud

I

El término *narcisismo* (*Narzissmus*) procede de la descripción clínica y fue escogido por P. Näcke en 1899 para designar aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual, toma pues a su propio cuerpo como objeto sexual, es decir, lo mira y lo contempla con complacencia sexual, lo acaricia, lo besa y lo mimba, hasta que gracias a estos manejos llega a una satisfacción completada [eventualmente al orgasmo] (*zur vollen Befriedigung gelangt*). En este marco, cabalmente desarrollado, el narcisismo adquiere el significado de una perversión cuando ha absorbido toda la vida sexual de la persona; su estudio se aborda entonces con las mismas expectativas que el de cualquiera otra de las perversiones².

(1) Resultó después evidente a la observación psicoanalítica que rasgos aislados de esa conducta aparecen en muchas personas aquejadas de otras perturbaciones; así ocurre, según Sadger, entre los homosexuales. Por fin, surgió la conjetura de que una colocación de la libido definible como narcisismo podía entrar en cuenta en un radio más vasto y reclamar su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre³. A la misma conjetura se llegó a partir de las dificultades que ofrecía el trabajo psicoanalítico en los neuróticos, pues pareció como si una conducta narcisista de esa índole constituyera en ellos una de las barreras con que se chocaba en el intento de mejorar su estado. El narcisismo, en este sentido, no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo.

(2) Un motivo que acabó por imponérsenos para considerar la imagen de un *narcisismo primario* y normal surgió a raíz del intento de incluir bajo la premisa de la teoría de la libido el cuadro de la *dementia praecox* (Kraepelin) o esquizofrenia (Bleuler). Estos enfermos que, por mi parte, he propuesto designar «parafrénicos», muestran dos rasgos fundamentales de carácter: 1) el delirio de grandeza y 2) la falta de todo interés por el mundo exterior (personas y cosas) [autismo]. Esta última circunstancia los sustrae al psicoanálisis, los vuelve incurables para nuestros empeños. Ahora bien, el extrañamiento del parafrénico respecto del mundo exterior reclama una caracterización más precisa. También el histérico y el neurótico obsesivo han resignado (hasta donde los afecta su enfermedad) cierto vínculo con la realidad. Pero el análisis

² [Nota del traductor] Como dice Jean Laplanche en su libro *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu Ed., p. 95:

“Lo que importa en este primer bosquejo [...] de ‘narcisismo-perversión’, es la similitud afirmada del propio cuerpo y del “cuerpo de un objeto sexual”, tratado como un todo, halagado, contemplado y acariciado: contemplación, halagos y caricias son constitución y confirmación de la forma total, del límite, de la envoltura cerrada que constituye el revestimiento cutáneo. [...] Fuera de la ‘perversión-narcisista’ y aún suponiendo que fuese posible aislarla como entidad clínica, lo cual es muy dudoso, el narcisismo es muy pronto señalado por los sexólogos y los analistas como elemento constitutivo de las perversiones y en primer término de la perversión homosexual”

³ Otto Rank (1911f), “Ein Beitrag zum Narzissismus” (“Una contribución al narcisismo”), *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, p. 401. El lector puede encontrar nuestra traducción de este artículo en la web: www.auladepsicoanalisis.com “Textos”

muestra que en modo alguno han cancelado el vínculo erótico con personas y cosas. Aún lo conservan pero con un predominio de la fantasía; es decir: han sustituido los objetos reales por otros imaginarios, o los han mezclado con estos, por un lado; y por el otro, han renunciado a emprender las acciones motrices necesarias para lograr sus fines en esos objetos. Es a este estado de la libido al que debería aplicarse con exclusividad y propiedad la expresión que Jung utiliza indiscriminadamente [sin distinción o diferenciación suficiente] (*ohne Unterscheidung*): *introversión* de la libido. Otro es el caso de los parafrénicos. Parecen haber retirado realmente su libido de las personas y cosas del mundo exterior, pero sin sustituirlas por otras en su fantasía. Y cuando esto último ocurre, parece ser algo secundario y corresponder a un intento de curación que quiere reconducir la libido al objeto⁴.

Surge en este punto la pregunta: ¿Cuál es el destino de la libido sustraída de los objetos en la esquizofrenia? El delirio de grandeza característico de estos estados nos indica aquí el camino hacia la respuesta. Sin duda, nació a costa de la libido de objeto (*auf Kosten der Objektlibido entstanden*). La libido sustraída del mundo exterior fue conducida al yo, y así surgió una conducta que podemos llamar narcisismo. Ahora bien, el delirio de grandeza no es por su parte una creación nueva, sino, como sabemos, la amplificación y el despliegue de un estado que ya antes había existido. Así, nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un *narcisismo secundario* que se edifica sobre la base de otro, *primario*, oscurecido por múltiples influencias.

Entiéndase bien: no pretendo aquí aclarar el problema de la esquizofrenia ni profundizar en él, sino sólo recopilar lo ya dicho en otros lugares, o a fin de justificar una introducción del narcisismo [como concepto de la teoría de la libido].

(3) Un tercer aporte a esta extensión, legítima según creo, de la teoría de la libido lo proporcionan nuestras observaciones y concepciones sobre la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos. En estos últimos hallamos rasgos que, si se presentasen aislados, podrían imputarse al delirio de grandeza: una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la «omnipotencia de los pensamientos», una fe en la fuerza mágica de las palabras y una técnica dirigida al mundo exterior, la «magia», que aparece como una aplicación consecuente de las premisas de la manía de grandeza⁵. Suponemos una actitud totalmente análoga frente al mundo exterior en los niños de nuestro tiempo, cuyo desarrollo nos resulta mucho más impenetrable⁶. Nos formamos así la representación de una primitiva u originaria [primaria] investidura libidinal del yo (*die Vorstellung einer ursprünglichen Libidobesetzung des Ichs*), cedida

⁴ Véase respecto de estas tesis el examen del “fin del mundo” en el análisis del *Senatspräsident* Schreber (1911c). Además Abraham, K. (1908), “Las diferencias psicosexuales entre la histeria y la demencia precoz”, trad. cast. en Abraham, K., *Psicoanálisis clínico*, Ed. Hormé, cap. 2, asimismo en *Obras completas*, RBA eds., p.

[NT] Este último párrafo es citado y comentado por Lacan en el Seminario I (1953-54), acerca de *La técnica psicoanalítica* en la lección del 3 de marzo de 1954. Por otra parte el texto sobre “Introducción del narcisismo” es comentado en las lecciones del 24 de febrero al 7 de abril de este seminario I que Lacan llama “La tópic de lo imaginario”.

⁵ Cf. los pasajes de mi obra *Tótem y tabú* (1912-13) que se ocupan de este tema [sobre todo en el tercer ensayo]

⁶ Cf. Ferenczi, S. (1913c), “Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad”, en *Obras completas* RBA, eds., p.

después en parte a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los seudópodos que emite. Esta pieza de la colocación libidinal no podía sino ocultarse al principio a nuestra investigación, cuyo punto de partida fueron los síntomas neuróticos. Las emanaciones de esta libido, las investiduras de objeto, que pueden ser emitidas y retiradas de nuevo, fueron las únicas que nos saltaron a la vista. Vemos también a grandes rasgos una oposición entre la *libido yoica* y la *libido de objeto*⁷. Cuanto más absorbe una, más se empobrece la otra. El estado del enamoramiento [la pasión amorosa] (*der Zustand der Verliebtheit*) se nos aparece como la fase superior de desarrollo que alcanza la segunda; lo concebimos como un desasimiento de la personalidad propia en provecho de la investidura de objeto y discernimos su opuesto en la fantasía (o autopercepción) de «fin del mundo» de los paranoicos⁸. En definitiva concluimos, respecto de la diferenciación de las energías psíquicas, que al comienzo están juntas en el estado del narcisismo y son indiscernibles para nuestro análisis grosero, y sólo con la investidura de objeto se vuelve posible diferenciar una energía sexual, la libido, de una energía de las pulsiones yoicas.

[NARCISISMO Y AUTOEROTISMO]

Antes de seguir adelante debo tocar dos cuestiones que nos ponen en el centro de las dificultades del tema. La primera: ¿Qué relación guarda el narcisismo, de que ahora tratamos, con el autoerotismo, que hemos descrito como un estado temprano de la libido?⁹ La segunda: Si admitimos para el yo una investidura primaria con libido, ¿por qué seguiríamos forzados a distinguir una libido sexual de una energía no sexual de las pulsiones del yo? ¿Acaso suponer una energía psíquica de un solo tipo no ahorraría todas las dificultades que comporta separar energía de las pulsiones del yo y libido del yo, libido del yo y libido de objeto?

Sobre la primera pregunta, hago esta observación: Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales [están pues ahí desde el comienzo]; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica (*eine neue psychische Aktion*), para que el narcisismo se constituya¹⁰.

⁷ [NT] Freud traza aquí, por primera vez en su obra, esta distinción

⁸ Este “fin del mundo” presenta dos mecanismos: cuando toda investidura libidinal refluye sobre el objeto amado, y cuando se retrae en el yo.

⁹ [NT] Véase en particular el segundo de los *Tres ensayos para una teoría de la sexualidad* (1905d)

¹⁰ [NT] De manera que lo que en la sexualidad se caracteriza como originario son las pulsiones autoeróticas, pulsiones entre las cuales no existe una unidad, y que funcionan *in situ*, a partir de tal o cual zona erógena. El yo, por el contrario, representa una unidad en el individuo, para cuya constitución es necesaria “una nueva acción psíquica”. En el desarrollo del psiquismo aparece algo nuevo, cuya función es dar forma al narcisismo.

[PULSIONES SEXUALES Y PULSIONES DEL YO]¹¹

La exhortación a responder terminantemente la segunda pregunta no puede sino suscitar cierto malestar en todo psicoanalista. Uno se debate en este dilema: resulta desagradable abandonar la observación a cambio de unas estériles disputas teóricas, pero no es lícito sustraerse de un intento de explicación y clarificación. Por cierto, representaciones como las de libido del yo, energía de las pulsiones del yo y otras semejantes no son ni particularmente fáciles de comprender, ni suficientemente ricas en contenido; una teoría especulativa de las relaciones en causa se propondría ante todo fundarse en un concepto definido con rigor. Sólo que a mi juicio esa es, precisamente, la diferencia entre una teoría especulativa y una ciencia construida sobre la interpretación de la *empiria*. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de una fundamentación irreprochable desde el punto de vista lógico; algo que se contentará con unos pensamientos básicos iniciales (*Grundgedanken*) nebuloso, evanescentes y apenas representables, que espera poder comprender más claramente en el curso de su desarrollo en cuanto ciencia y, llegado el caso, está dispuesta a cambiarlos por otros. Es que tales ideas no son el fundamento (*das Fundament*) de la ciencia, sobre los cuales todo reposa; ese fundamento lo es, por el contrario, la sola observación. No constituyen los cimientos (*das Unterste*), sino el remate (*das Oberste*) del edificio íntegro, y pueden sustituirse y desecharse sin perjuicio. En nuestros días vivimos idéntica situación en la física, cuyas intuiciones fundamentales sobre la materia, los centros de fuerzas, la atracción y conceptos parecidos son apenas menos discutibles que las concepciones correspondientes del psicoanálisis¹².

El valor de los conceptos de libido del yo y libido de objeto reside en que provienen de un procesamiento de los caracteres íntimos del suceder neurótico y psicótico. La división de la libido en una que es propia del yo y una invertida en los objetos es la prolongación inevitable de una primera hipótesis que dividió las pulsiones en pulsiones sexuales y pulsiones del yo. Al menos me obligó a esto último el análisis de las neurosis de transferencia puras (histeria y neurosis obsesiva), y todo lo que sé es que los intentos de explicar estos fenómenos por otros medios han fracasado rotundamente.

Ante la falta de una teoría suficiente de las pulsiones que de algún modo nos oriente, está permitido o, mejor, es obligatorio adoptar provisionalmente alguna hipótesis y someterla a prueba de contrastación de manera consecuente hasta que se refute o se corrobore. Ahora bien, la hipótesis de una separación originaria entre unas pulsiones sexuales y otras, yoicas, viene avalado por muchas cosas, y no sólo por su utilidad para el análisis de las neurosis de transferencia. Concedo que este factor por sí solo no sería inequívoco, pues podría tratarse de una energía psíquica indiferente, que únicamente por el acto de la investidura de objeto se convirtiese en libido. Pero, en primer lugar, esta división conceptual responde a la distinción popular tan corriente

¹¹ [NT] En los párrafos que siguen late sin duda, lo que se confirmará en el último párrafo de esta primera sección del artículo de Freud un crítica a la disolución junguiana de la energía sexual específica y original de la dinámica psicoanalítica en una energía psíquica inespecífica y de escaso interés como aportación.

¹² [NT] Para una cierta ampliación de esta línea de pensamiento vinculada a la teoría de la ciencia de Freud, véase el pasaje inicial de “Pulsiones y destinos pulsionales” [el lector puede disponer de nuestra traducción crítica y anotada de este texto en la web: www.auladepsicoanalisis.com], en Textos-Freud]

entre hambre y amor. En segundo lugar, consideraciones *biológicas* abogan en su favor. El individuo lleva realmente una doble existencia, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta¹³. Considera la sexualidad como uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas, a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia -quizás- inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporal de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo. En tercer lugar, debe recordarse que todas nuestras ideas provisionales psicológicas deberán asentarse algún día en el dominio de los sustratos orgánicos. Es probable, pues, que sean materias y procesos químicos particulares los que ejerzan los efectos de la sexualidad y hagan de intermediarios en la continuidad de la vida individual en la vida de la especie. Nosotros tomamos en cuenta tal probabilidad sustituyendo esas materias químicas particulares por fuerzas psíquicas particulares.

Precisamente porque siempre me he esforzado por mantener alejado de la psicología todo lo que le es ajeno, incluido el pensamiento biológico, quiero confesar en este lugar de manera expresa que la hipótesis de unas pulsiones sexuales y yoicas separadas, y por tanto la teoría de la libido, sólo tiene mínimamente unas bases psicológicas, y en lo esencial se apoya más bien en consideraciones biológicas fundamentales. Así pues, seré lo suficientemente consecuente para desechar esta hipótesis si del trabajo psicoanalítico mismo surgiere una premisa diferente y más aceptable acerca de las pulsiones. Pero hasta ahora eso no ha ocurrido. También podría ser que la energía sexual, la libido -en su fundamento último y en su remoto origen-, no fuese sino un producto diferencial de la energía general que actúa en toda la psique. Pero una afirmación así tiene escasa trascendencia y más bien le resta significación a la primera. Se refiere a cosas ya tan distantes de los problemas de nuestra observación y de tan escaso contenido cognoscitivo que es por igual ocioso impugnarla o darla por válida; posiblemente esa identidad primordial no tendría con nuestros intereses analíticos mayor relación que la del parentesco primordial de todas las razas humanas con la prueba de que se es pariente del testador, exigida para la transmisión legal de la herencia. Con todas esas especulaciones no llegamos a ninguna parte; puesto que no podemos esperar hasta que alguna otra ciencia nos procure las soluciones definitivas en materia de doctrina de las pulsiones, es atinado averiguar si una síntesis de los fenómenos psicológicos no puede echar luz sobre aquellos enigmas biológicos fundamentales y básicos¹⁴. No olvidemos, y más bien familiaricémonos con la posibilidad del error, pero no nos abstengamos de extender de manera consecuente la hipótesis escogida en primer término (y que el análisis de las neurosis de transferencia nos forzó a adoptar) de una oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, para

¹³ [NT] Aquí, y en todo este párrafo, se puede comprobar el biologismo de Freud acorde con su época, pues trata de apoyar su teoría de la libido en las teorías biológicas que de algún modo corresponderían a otro ámbito que el psíquico. De todos modos ciertos avances científicos, que dependen de nuestra condición propiamente animal, sin duda le darían una razón parcial.

¹⁴ [NT] Aquí se produce una cierta inversión del biologismo, dominante aunque ciertamente crítico, en Freud por un psicologismo que no es sino su contrapartida fisicalista.

averiguar si admite un desarrollo fecundo y exento de contradicción y si es aplicable también a otras afecciones, por ejemplo a la esquizofrenia.

Otra cosa sería, desde luego, si se aportara la prueba de que la teoría de la libido ya ha fracasado en la explicación de la enfermedad mencionada en último término. C. G. Jung (1912) [en *Transformaciones y símbolos de la libido*] así lo afirma, con lo cual me forzó a hacer las anteriores puntualizaciones, que de buena gana me habría ahorrado. Hubiese preferido seguir hasta el final el camino que emprendí en el análisis del caso Schreber, callando acerca de sus premisas. Ahora bien, la aseveración de Jung es, por lo menos, precipitada. Sus fundamentaciones son pobres. Sobre todo, aduce equivocadamente mi propio testimonio; yo habría dicho que me vi precisado, en vista de las dificultades del análisis de Schreber, a ampliar el concepto de libido, vale decir, a abandonar su contenido sexual y hacer coincidir libido con interés psíquico en general. Ya Ferenczi (1913b) [Reseña de C. G. Jung, *Wandlungen und Symbole der Libido*, *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, p. 391]¹⁵, en una crítica a fondo al trabajo de Jung, expuso lo que hay que decir para rectificar esa interpretación falsa. No me resta sino declararme de acuerdo con él y repetir que yo no expresé semejante renuncia a la teoría de la libido. Otro argumento de Jung, a saber, que no es concebible que la pérdida de la función normal de lo real (*der normalen Realfunktion*)¹⁶ pueda ser causada por el solo retiro de la libido, no es un argumento válido, sino un decreto arbitrario; *it begs the question* [una petición de principio], que escamotea el problema y se ahorra su discusión, pues justamente debería investigarse si ello, tal retracción, es posible y el modo en que lo es. En su siguiente gran trabajo (1913 [págs. 339-40]) [*Tentativa de presentación de la teoría psicoanalítica*, en *Jahrbuch*, V, 1913, p. 307 ss.] Jung roza muy de pasada la solución que yo apunté, hace ya mucho: «En relación con ello, sólo resta considerar un punto -al cual, por lo demás, Freud se refiere en su trabajo sobre el caso Schreber [1911c]-: que la introversión de la *libido sexualis* lleva a una investidura del “yo”, y posiblemente por esta vía se produce aquel efecto de pérdida de realidad. Es de hecho una tentadora posibilidad explicar de esta manera la psicología de la pérdida de realidad». Sólo que Jung no se interna mucho en esa posibilidad. Pocas líneas después se deshace de ella observando que, si se partiese de esta condición, «se obtendría la psicología de un anacoreta ascético, pero no una *dementia praecox*». Inapropiada comparación, incapaz de llevarnos a decisión alguna, según lo enseña esta reflexión: un anacoreta así, que «se afana en desarraigar todo rastro de interés sexual» (vale decir, sólo en el sentido popular de la palabra «sexual»), ni siquiera tiene que presentar necesariamente una colocación patógena de la libido. Pudo mantener totalmente apartado de los seres humanos su interés sexual, sublimándolo empero en un interés acrecentado por lo divino, lo natural o lo animal, sin que ello le hiciera caer en una introversión de su libido sobre sus fantasías ni en una regresión de ella a su yo. A nuestro juicio esta comparación desdeña de antemano la posibilidad de distinguir entre un interés procedente de fuentes eróticas y otras clases de interés. Recordemos, además, que las investigaciones de la escuela suiza, con todo lo meritorias que son, sólo en dos puntos han contribuido a esclarecer el cuadro de la *dementia praecox*: la existencia de los complejos, comprobados tanto en personas sanas como en neuróticos, y la semejanza entre los productos de la fantasía de los aquejados por esa enfermedad y los

¹⁵ [NT] Trad. castellana en *Obras completas de C. G. Jung* eds. Trotta, vol. VI.

¹⁶ [NT]El término compuesto, “*La fonction du réel*” pertenece a Janet (1909) (Cf. *Las neurosis*).

mitos de los pueblos; pero como no han podido echar luz alguna sobre el mecanismo de la contracción de la enfermedad, podemos rechazar la afirmación de Jung según la cual la teoría de la libido ha fracasado en su tentativa de arrancar los secretos a la *dementia praecox* y por eso quedó excluida y liquidada también su aplicación respecto de las otras neurosis.

II

[LA DISTRIBUCIÓN DE LA LIBIDO]

Un estudio directo del narcisismo me parece bloqueado por dificultades particulares. La principal vía de acceso a él seguirá siendo el análisis de las parafrenias. Así como las neurosis de transferencia nos posibilitaron rastrear las mociones pulsionales libidinosas, la *dementia praecox* y la paranoia nos permitirán inteligir la psicología del yo. De nuevo tendremos que colegir la simplicidad aparente de lo normal desde las desfiguraciones y exageraciones de lo patológico. No obstante, para aproximarnos al conocimiento del narcisismo nos quedan expeditos algunos otros caminos que describiré en el siguiente orden: la consideración de la enfermedad orgánica, de la hipocondría y de la vida amorosa de los sexos.

[LA ENFERMEDAD ORGÁNICA]

Ha sido una sugerencia verbal de S. Ferenczi la que me llevó a apreciar la influencia de la enfermedad orgánica sobre la distribución de la libido. Es sabido -y nos parece un hecho trivial- que la persona afligida por un dolor orgánico y por sensaciones penosas deja de interesarse por todas las cosas del mundo exterior que no se relacionen con su sufrimiento. Una observación más precisa nos enseña que, mientras sufre, también retira de sus objetos de amor el interés libidinal, cesa de amar. La trivialidad de este hecho no ha de disuadirnos de procurarle traducción dentro de la terminología de la teoría de la libido. Diríamos entonces: El enfermo retira sobre su yo sus investiduras libidinales para volver a enviarlas después de curarse. Dice Wilhelm Busch, acerca del poeta con dolor de muelas: «En la estrecha cavidad de su muela se recluye su alma toda»¹⁷. Libido e interés del yo tienen aquí el mismo destino y se vuelven otra vez indiscernibles. El notorio egoísmo del enfermo los recubre a ambos. Si hallamos esto tan trivial, es porque estamos seguros de que en el mismo caso nos comportaríamos de idéntico modo. El decaimiento de la disposición a amar, aun la más intensa, por obra de perturbaciones corporales, su sustitución repentina por una indiferencia total, han sido convenientemente aprovechados por el arte cómico.

[EL ESTADO DEL DORMIR]

A semejanza de la enfermedad, también el estado del dormir implica un retiro narcisista de las posiciones libidinales, sobre la persona propia; más precisamente, sobre el exclusivo deseo de dormir. El egoísmo de los sueños calza bien en esta conexión. En ambos casos vemos, si no otra cosa, al menos ejemplos de alteraciones en la distribución de la libido a consecuencia de una alteración en el yo.

¹⁷ Wilhelm Busch (1832-1908), *Balduin Bählmm*, cap. VIII.

[LA HIPOCONDRIA]

La hipocondría se exterioriza, al igual que la enfermedad orgánica, en sensaciones corporales penosas y dolorosas, y coincide también con ella por su efecto sobre la distribución de la libido. El hipocondríaco retira interés y libido -esta última de manera particularmente nítida- de los objetos del mundo exterior y los concentra sobre el órgano que le preocupa. Ahora bien, hay una diferencia patente entre hipocondría y enfermedad orgánica: en el segundo caso las sensaciones penosas tienen su fundamento en alteraciones [orgánicas] comprobables, en el primero no. Pero sería enteramente congruente con los marcos de toda nuestra concepción sobre los procesos de la neurosis que nos decidiésemos a decir: La hipocondría ha de tener razón, tampoco en ella han de faltar las alteraciones de órgano. Ahora bien, ¿en qué consistirían?

Nos llevaremos aquí por una experiencia: tampoco en las otras neurosis faltan sensaciones corporales de carácter displacentero, comparables a las hipocondríacas. Ya una vez, con anterioridad, expresé mi inclinación a considerar la hipocondría como una tercera neurosis actual, junto a la neurastenia y a la neurosis de angustia. Probablemente no sea excesivo imaginar que una partícula de hipocondría es, por lo general, constitutiva de las otras neurosis. Lo vemos de la manera más clara en la neurosis de angustia y en la histeria edificada sobre ella. Ahora bien, el modelo que conocemos de un órgano de sensibilidad dolorosa, que se altera de algún modo y a pesar de ello no está enfermo en el sentido habitual, son los genitales en su estado de excitación. En ese estado reciben aflujo sanguíneo, se hinchan, se humedecen y son sede de múltiples sensaciones. Llamemos a la actividad por la cual un lugar del cuerpo envía a la vida anímica estímulos de excitación sexual, su *erogenidad*; y si además reparamos en que, por las elucidaciones de la teoría sexual, estamos familiarizados hace mucho con la concepción de que algunos otros lugares del cuerpo -las zonas *erógenas*- podían sustituir [representar] a los genitales y comportarse de manera análoga a ellos, sólo hemos de aventurar aquí un paso más. Podemos decidimos a considerar la erogenidad como una propiedad general de todos los órganos, y ello nos autorizaría a hablar de su aumento o su disminución en una determinada parte del cuerpo. A cada una de estas alteraciones de la erogenidad en el interior de los órganos podríamos considerarla paralela a una alteración de la investidura libidinal dentro del yo. En tales factores habríamos de buscar aquello que está en la base de la hipocondría y puede ejercer, sobre la distribución de la libido, idéntico efecto que la contracción de una enfermedad material de los órganos.

[NEURASTENIA Y NEUROSIS DE ANGUSTIA]

Advertimos que, prosiguiendo esta ilación de pensamiento, tropezamos no sólo con el problema de la hipocondría, sino con el de las otras neurosis actuales, la neurastenia y la neurosis de angustia. Por eso queremos detenernos en este punto; no está en el propósito de una indagación puramente psicológica traspasar tanto la frontera hacia el ámbito de la investigación fisiológica. Limitémonos a consignar lo que desde este punto puede conjeturarse: la hipocondría es a la parafrenia, aproximadamente, lo que las otras neurosis actuales son a la histeria y a la neurosis obsesiva; vale decir, depende de la libido del yo, así como las otras dependen de la libido de objeto; la angustia hipocondríaca sería, del lado de la libido yoica, el correspondiente de la

angustia neurótica. Además: Si ya estamos familiarizados con la idea de que el mecanismo de la contracción de la enfermedad y de la formación de síntoma en las neurosis de transferencia (el pasaje de la introversión a la regresión) ha de conectarse con una fijación [estancamiento] (*Stauung*) de la libido de objeto¹⁸, podemos aproximarnos también a la imagen de una fijación [estancamiento] de la libido yoica, vinculándola con los fenómenos de la hipocondría y de la parafrenia.

Nuestro apetito de saber nos plantea naturalmente esta pregunta: ¿Por qué un estancamiento así de la libido en el interior del yo se sentiría displacentera? Yo me contentaría con responder que el displacer en general es la expresión de un aumento de tensión y que, por tanto, aquí, como en otras partes, una cantidad del acontecer material es la que se traspone en la cualidad psíquica del displacer; comoquiera que fuese, acaso lo decisivo para el desarrollo de displacer no sería la magnitud absoluta de ese proceso material, sino, más bien, una cierta función específica de esa magnitud absoluta. Desde este punto, aun podemos atrevernos a incursionar en otro problema: ¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites [fronteras] (*die Grenzen*) del narcisismo y poner (*setzen*) la libido sobre objetos?¹⁹ La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando la investidura del yo (*Ichbesetzung*) del yo con libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero finalmente uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar. Algo parecido a la psicogénesis de la creación del mundo, según la imaginó H. Heine²⁰:

¹⁸ Cf. [las páginas iniciales de] “Sobre los tipos de contracción de neurosis” (1912c)

¹⁹ [NT] Un tratamiento más elaborado de este problema se encontrará en “Pulsiones y destinos pulsionales” (1915c) que en muchos puntos constituye una ampliación de este artículo.

²⁰ [NT] **Heine, Heinrich (1797-1856)**

Escritor alemán. Nacido en una apreciada familia de comerciantes y banqueros judíos. Ya en 1817 había escrito sus primeras poesías de amor, cuando comenzó los estudios de derecho, filosofía y literatura en Bonn, donde asistió a las clases de A. W. Schlegel. En 1821 pasó a la universidad de Berlín, donde frecuentó entre otros a Hegel, Schleiermacher y Chamisso. Sus primeras poesías publicadas (1822), aun revelan la influencia de Byron y Fouqué, muestran ya rasgos de originalidad en su imitación del estilo de las baladas populares y en el irónico rechazo de cualquier ilusión. *Intermezzo lírico* (*Lyrisches Intermezzo*, 1823). En 1825 H. se convierte a la religión evangélica, adoptando el nombre de Heinrich en vez del suyo originario Harry. En el mismo año se doctoró en jurisprudencia en Gotinga y, con sus dos primeros volúmenes de los relatos líricos *Cuadros de viaje* (*Reisebilder*, 1826-1831), puso las bases de su fama literaria: con un presunto diario de viaje, que recuerda los ejemplos de Sterne y de Jean Paul, como hilo conductor, los *Cuadros* tratan una vasta gama de temas fantásticos y morales. Después de un breve viaje a Inglaterra, que despertó su interés por los problemas políticos, H. reunió sus poemas de períodos precedentes en el *Libro de canciones* (*Buch der Lieder*, 1827). Tras un viaje a Italia, publicó el III volumen de *Cuadros de viaje* (1829). Recuerdos de esta estancia se encuentran también en las narraciones *Noches florentinas* (*Florentinische Nächte*, 1836).

La crítica cada vez más radical de la sociedad alemana indujo a H. a trasladarse a la más libre Francia, donde frecuentó no sólo a los alemanes que vivían en París (emigrados como A. von Humboldt, Lasalle, Wagner), sino también a muchos intelectuales franceses, entre ellos Balzac, Hugo de Musset y G. Sand. Entró en contacto además con los sansimonistas, cuya influencia se hace evidente en la *Historia de la religión y de la filosofía en Alemania* (1835) y en la *Escuela romántica* (1833-36). Aparte de colaboraciones desde Francia para varias revistas alemanas, H. escribía, entretanto, informes en francés sobre la situación alemana. En 1835 la censura prohibió la circulación de sus libros en Alemania, y sólo gracias ala ayuda del gobierno francés H. pudo hacer frente a las dificultades económicas causadas por la

«Enfermo estaba; y ese fue
de la creación el motivo:
creando convalecí,
y en ese esfuerzo sané».²¹

Hemos discernido a nuestro aparato anímico sobre todo como una instancia que tiene la función de dominar y gestionar excitaciones que en caso contrario provocarían sensaciones penosas o efectos patógenos. La elaboración psíquica presta un extraordinario servicio al desvío interno de excitaciones no susceptibles de descarga directa al exterior, o bien cuya descarga directa inmediata sería indeseable. Ahora bien, al principio es indiferente que ese procesamiento interno acontezca en objetos reales o en objetos imaginados. La diferencia se muestra después, cuando la vuelta de la libido sobre los objetos irreales (introversión) ha conducido a un estancamiento libidinal (*zu einer Libidostauung*). En las parafrenias, el delirio de grandeza permite esta clase de procesamiento de la libido devuelta al yo; quizá sólo después de frustrado ese delirio de grandeza, el estancamiento libidinal en el interior del yo se vuelve patógeno y provoca el proceso de curación que se nos impone como enfermedad.

Intento aquí penetrar unos pocos pasos más en el mecanismo de la parafrenia, y resumo las concepciones que ya hoy me parecen dignas de consideración. Sitúo la diferencia entre estas afecciones y las neurosis de transferencia en la siguiente circunstancia: en aquellas, la libido liberada por frustración no queda adscrita a los objetos en la fantasía, sino que se retira sobre el yo; el delirio de grandeza procura entonces el dominio psíquico de este volumen de libido, vale decir, es la operación psíquica equivalente a la introversión sobre las formaciones de la fantasía en las neurosis de transferencia; de su frustración nace la hipocondría de la parafrenia, homóloga a la angustia de las neurosis de transferencia. Sabemos que esta angustia puede relevarse mediante una ulterior elaboración psíquica, a saber, mediante conversión, formación reactiva, formación protectora (fobia). En lugar de esto, en las parafrenias tenemos el intento de restitución, al que debemos las manifestaciones patológicas más llamativas. Puesto que la parafrenia a menudo (si no la mayoría de las veces) trae consigo un desligamiento meramente parcial de la libido respecto de los objetos, dentro de su cuadro pueden distinguirse tres grupos de manifestaciones: 1) las de la normalidad

prohibición. Los escritos de este período en los que predomina la temática política, se hallan reunidos en los cuatro volúmenes del *Salon* (1834-40). En *H. Heine sobre L. Börne* (1840), H. llevó a cabo una agresiva justificación de sus ideas en respuesta a las críticas de sus compatriotas. De una visita a Hamburgo nació la sátira en verso *Alemania, cuento de invierno* (1844), una de las más importantes obras de la literatura política alemana, en la que resulta evidente la influencia de su amistad parisina con Karl Marx. Los atroces sufrimientos causados al poeta por una atrofia muscular progresiva, que lo obligaron a guardar cama durante casi ocho años, aparecen descritos en sus poesías del *Romancero* (1851) y en las recopilaciones de 1853-54, caracterizadas por una profunda seriedad ética y religiosa. Los *Escritos varios* (*Vermischte Schriften*) de 1854, disertaciones sobre judaísmo y cristianismo, liberalismo y comunismo, constituyen al suma y la conclusión de su actividad literaria y política.

Considerado por muchos como el más grande poeta alemán del período de transición entre el romanticismo y el realismo, y siendo el signo más original de sus versos el uso irónico de “material” romántico, que se dirige a criticar el sentimentalismo en un movimiento que nace de la consciencia de que los nuevos tiempos exigen ante todo una lúcida y realista racionalidad que no niega la efusión sentimental que se traduce en poesía.

²¹ [NT] *Neue Gedichte*, “Schöpfungslieder VII”

conservada o la neurosis (manifestaciones residuales); 2) las del proceso patológico (el desligamiento de la libido respecto de los objetos, y de ahí el delirio de grandeza, la hipocondría, la perturbación afectiva, todas las regresiones), y 3) las de la restitución, que deposita de nuevo la libido en los objetos al modo de una histeria (*dementia praecox*, parafrenia propiamente dicha) o al modo de una neurosis obsesiva (paranoia). Esta nueva investidura libidinal se produce desde un nivel diverso y bajo otras condiciones que la investidura primaria. La diferencia entre las neurosis de transferencia generadas por ella y las formaciones correspondientes del yo normal debería poder proporcionarnos la intelección más honda de la estructura de nuestro aparato anímico.

[LA VIDA AMOROSA]

Una tercera vía de acceso al estudio del narcisismo es la vida amorosa del ser humano dentro de su variada diferenciación [diversas variantes] en el hombre y en la mujer. Así como al comienzo la libido del yo quedó oculta para nuestra observación tras la libido de objeto, reparamos primero en que el niño (y el adolescente) elige sus objetos sexuales tomándolos de sus vivencias de satisfacción. Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que sirven a la autoconservación. Las pulsiones sexuales se apoyan al comienzo en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apoyo sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto. Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del *apuntalamiento* [tipo anaclítico] (*Anlehnungstypus*), la investigación analítica nos ha puesto en conocimiento de un segundo tipo que no estábamos predispuestos a descubrir. Hemos descubierto que ciertas personas, señaladamente aquellas cuyo desarrollo libidinal experimentó una perturbación (como es el caso de los perversos y los homosexuales), no eligen su posterior objeto de amor según el modelo de la madre, sino según el de su persona propia. Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*. En esta observación ha de verse el motivo más fuerte que nos llevó a adoptar la hipótesis del narcisismo.

Ahora bien, no hemos inferido que los seres humanos se descomponen tajantemente en dos grupos según que su elección de objeto responda a uno de los dos tipos, el narcisista o el del apoyo; más bien, promovemos esta hipótesis: todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. Decimos que tiene dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió, y presuponemos entonces en todo ser humano el narcisismo primario [el referido a él mismo y a “la madre”] que, eventualmente, puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto.

La comparación entre hombre y mujer muestra, después, que en su relación con el tipo de elección de objeto presentan diferencias fundamentales, aunque no, desde luego, regulares. El pleno amor de objeto según el tipo del apoyo es en verdad característico del hombre. Muestra esa llamativa sobrestimación sexual que sin duda proviene del narcisismo originario del niño y, así, corresponde a la transferencia de ese narcisismo sobre el objeto sexual. Tal sobrestimación sexual da lugar a la génesis del enamoramiento, ese peculiar estado que recuerda al complejo neurótico y se reconduce,

por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto²². Diversa es la forma que presenta el desarrollo en el tipo más frecuente, y con probabilidad más puro y más genuino, de la mujer. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle una intensificación del narcisismo originario²³; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda la regla, dotado de sobrestimación sexual. En particular, cuando el desarrollo la hace hermosa, se establece en ella una complacencia consigo misma que la resarce de la atrofia que la sociedad le impone en materia de elección de objeto. Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad similar a la del hombre que las ama. Su necesidad no se satisface amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad. La importancia de este tipo de mujer para la vida amorosa de los seres humanos ha de tasarse en mucho. Tales mujeres poseen el máximo atractivo (*Reiz* = “estímulo”) para los hombres, y no sólo por razones estéticas (pues suelen ser las más hermosas); también, a consecuencia de interesantes constelaciones psicológicas. En efecto, con particular nitidez se evidencia que el narcisismo de una persona despliega gran atracción sobre aquellas otras que han desistido de la dimensión plena de su narcisismo propio y andan en requerimiento del amor de objeto; el atractivo del niño reside en buena parte en su narcisismo, en su complacencia consigo mismo y en su inaccesibilidad, lo mismo que el de ciertos animales que no parecen hacer caso de nosotros, como los gatos y algunos grandes carnívoros; y aun el criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo. Es como si les envidiásemos por conservar un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo. Pero al gran atractivo de la mujer narcisista no le falta su reverso; buena parte de la insatisfacción del hombre enamorado, la duda sobre el amor de la mujer, el lamentarse por los enigmas de su naturaleza, tienen su raíz en esta incongruencia [entre los dos tipos] de la elección de objeto.

No es ocioso, quizá, que lo asegure: nada más lejos de mí, en esta pintura de la vida amorosa femenina, que la tendencia a menospreciar a la mujer. Prescindiendo de que soy ajeno a cualquier tendenciosidad, sé que estas conformaciones en direcciones diversas responden a la diferenciación de funciones dentro de una trabazón biológica en extremo compleja; además, estoy dispuesto a conceder que un número indeterminado de mujeres aman según el modelo masculino y también despliegan la correspondiente sobrestimación sexual.

Aun para las mujeres narcisistas, las que permanecen frías hacia el hombre, hay un camino que lleva al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se les presenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto. Y todavía hay otras que no necesitan esperar el hijo para dar ese paso en el desarrollo desde el narcisismo (secundario) hasta el amor de objeto. Antes de la pubertad se han sentido varones y durante un tramo se

²² [NT] Freud desarrollará esta idea en el examen del enamoramiento que efectúa en el capítulo VIII de su *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c)

²³ [NT] Podríamos decir que en el caso del hombre este ama su pene como a sí mismo, o a sí mismo como a su pene, debido a la constitución propia de sus genitales. En el caso de la mujer –siempre según Freud– ese amor a sí misma es más global y se extiende a todo su cuerpo y a la imagen del mismo.

desarrollaron como tales; y después que esa aspiración quedó interrumpida por la maduración de la feminidad, les resta la capacidad de ansiar un ideal masculino que es en verdad la continuación del ser varonil que una vez fueron²⁴.

Un sucinto panorama de los caminos para la elección de objeto nos sugeriría estas observaciones indicativas: se ama

1. Según el tipo narcisista (*dem narzisstischen Typus*):

- a) A lo que uno mismo es (a sí mismo),
- b) A lo que uno mismo fue,
- c) A lo que uno querría ser²⁵,
- d) A la persona que fue una parte del sí mismo propio²⁶.

2. Según el tipo del apuntalamiento (*dem Anlehnungstypus*):

- a) A la mujer nutricia,
- b) Al hombre protector

y a las personas sustitutivas que se alinean formando series en cada uno de esos caminos. El caso *c* del primer tipo sólo podrá justificarse mediante unas puntualizaciones que haremos después. [*infra* p.]

La importancia de la elección narcisista de objeto para la homosexualidad del hombre es algo que nos queda para considerar en otro contexto.

El narcisismo primario que suponemos en el niño, y que contiene una de las premisas de nuestras teorías sobre la libido, es más difícil de aprehender por observación directa que de comprobar mediante una inferencia retrospectiva hecha desde otro punto. Si consideramos la actitud de padres cariñosos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho tiempo abandonado. La sobrestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo. Así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones, para lo cual un observador desapasionado no descubriría motivo alguno, y a encubrir y olvidar todos sus defectos, lo cual mantiene estrecha relación con la desmentida de la sexualidad infantil. Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al

²⁴ [NT] Para una ampliación de estas ideas y de otras a continuación véanse: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925j), “Sobre la sexualidad femenina” (1931b), y la 33ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a).

²⁵ [NT] En estos tres primeros casos, se trata de la elección de un objeto “parecido” a la propia persona del sujeto, pero conviene hacer notar: por una parte, que lo que sirve de modelo para dicha elección es una *imagen* o un *ideal*; y, por otra parte, la semejanza entre el objeto elegido y el modelo puede ser meramente parcial, reducida a algunos signos privilegiados o rasgos anhelados en uno, ya sea en el pasado, en lo actual, o en el futuro como ideal del yo o yo-ideal.

²⁶ [NT] Aquí Freud alude fundamentalmente al amor narcisista que la madre siente por su hijo, el cual en otro tiempo ha sido parte de su propia persona pues lo ha llevado en sus propias entrañas y de ellas ha salido. Así dicho objeto le permite restablecer la “unidad perdida” como su representante.

propio narcisismo, y a renovar a propósito de él la exigencia de prerrogativas a que se renunció hace mucho tiempo. El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia [de la libertad de elegir] no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un gran hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente (*die von der Realität hart bedrängte*), ha ganado su seguridad refugiándose en el niño. El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza.

III

[LA “PROTESTA VIRIL” DE A. ADLER]

Las perturbaciones a que está expuesto el narcisismo originario del niño, las reacciones con que se defiende de ellas y las vías por las cuales es esforzado al hacerlo, he ahí unos temas que yo querría dejar en suspenso como un importante material todavía a la espera de ser trabajado; su pieza fundamental puede ponerse de relieve como «complejo de castración» (angustia por el pene (*Penisangst*) en los muchachos, envidia del pene (*Penisneid*) en las muchachas) y abordarse en su trabazón con el influjo de la temprana intimidación sexual. La indagación psicoanalítica, que nos habilitó para perseguir los destinos de las pulsiones libidinosas cuando, aisladas de las pulsiones del yo, se encuentran en oposición a estas, nos permite en este ámbito unas inferencias retrospectivas a una época y a una situación psíquica en que ambas clases de pulsiones emergían como intereses narcisistas actuando todavía de consuno en unión inseparable. Alfred Adler [1910] (“Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose” *Fortschr. Med.*, **28**, p. 486), extrajo de esta trama su «protesta masculina», que él ha elevado a la condición de fuerza impulsora casi exclusiva de la formación del carácter y de la neurosis, al paso que no la funda en una aspiración [tendencia] narcisista, y por tanto todavía de naturaleza libidinosa, sino en una valoración social. En la investigación psicoanalítica se ha admitido desde el comienzo mismo la existencia e importancia de la «protesta masculina», pero, en contra de Adler, se sostuvo que era de naturaleza narcisista y que tenía su origen en el complejo de castración. Ataño a la formación del carácter, en cuya génesis interviene junto a muchos otros factores, pero es por completo inapropiada para esclarecer los problemas de las neurosis, a los que Adler no quiere atender sino en cuanto al modo en que sirven al interés del yo. Juzgo totalmente imposible colocar la génesis de la neurosis sobre la base estrecha del complejo de castración, por grande que sea la fuerza con que aflora en ciertos hombres entre las resistencias a la curación de la neurosis. Por último, conozco también casos de neurosis en los cuales la «protesta masculina» (o bien, en nuestra doctrina, el complejo de castración) no desempeña papel patógeno alguno o ni siquiera aparece²⁷.

La observación del adulto normal muestra amortiguado el delirio de grandeza que una vez tuvo, y borrados los caracteres psíquicos desde los cuales hemos discernido su narcisismo infantil. ¿Qué se ha hecho de su libido yoica? ¿Debemos suponer que su monto íntegro se insumió en investiduras de objeto? Esta posibilidad contradice manifiestamente toda la trayectoria de nuestras elucidaciones; ahora bien, también aquí la psicología de la represión nos presta alguna referencia para elaborar una respuesta diversa.

²⁷ [NT] Como puede verse si anteriormente en la sección I las críticas iban dirigidas al disidente Jung, ahora le toca al otro disidente: Adler.

[LA FORMACIÓN DEL IDEAL DEL YO]

Tenemos sabido que mociones pulsionales libidinosas sucumben al destino de la represión patógena cuando entran en conflicto con las representaciones culturales y éticas del individuo. Nunca entendimos esta condición en el sentido de que la persona tuviera un conocimiento meramente intelectual de la existencia de esas representaciones; supusimos siempre que las acepta como normativas, se somete a las exigencias que de ellas derivan. La represión, hemos dicho, parte del yo²⁸; podríamos precisar: del respeto del yo por sí mismo. Las mismas impresiones y vivencias, los mismos impulsos y mociones de deseo que un hombre tolera o al menos procesa concientemente, son desaprobados por otro con indignación total o ahogados ya antes que devengan concientes. Ahora bien, es fácil expresar la diferencia entre esos dos hombres, que contiene la condición de la represión, en términos que la teoría de la libido puede dominar. Podemos decir que uno ha erigido en el interior de sí un *ideal* por el cual mide su yo actual, mientras que en el otro falta esa formación de ideal. La formación de ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión²⁹.

Y sobre este yo ideal³⁰ recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó [fue objeto] el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere renunciar a la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal.

[FORMACIÓN DEL IDEAL DEL YO Y SUBLIMACIÓN. SUBLIMACIÓN E IDEALIZACIÓN]

Conviene indagar las relaciones que esta formación de ideal mantiene con la sublimación. La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante [y distinta] de la satisfacción sexual originaria; el acento recae entonces en la desviación respecto de eso sexual. La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente. La idealización es posible tanto en el campo de la libido del yo cuanto en el de la libido de objeto. Por ejemplo, la sobrestimación sexual del objeto es una idealización de este. Y entonces, puesto que la sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización algo que sucede con el objeto, es preciso distinguirlas en el plano conceptual.

La formación de un ideal del yo se confunde a menudo, en detrimento de la comprensión, con la sublimación de la pulsión. Que alguien haya trocado su narcisismo por la veneración de un elevado ideal del yo no implica que haya alcanzado la

²⁸ [NT] Esto es lo esencial de la demostración de Freud según Lacan.

²⁹ [NT] Es decir todo lo que del sujeto contradice ese ideal es reprimido. Véase un comentario sobre esta frase en una nota al pie de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921c)

³⁰ [NT] Este término es aquí la primera vez que aparece en la obra de Freud.

sublimación de sus pulsiones libidinosas. El ideal del yo reclama por cierto esa sublimación, pero no puede forzarla; la sublimación sigue siendo un proceso especial cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación. En los neuróticos, precisamente, encontramos las máximas diferencias de tensión entre la constitución del ideal del yo y la medida en que sublimaron sus pulsiones libidinosas primitivas, y en general los idealistas son mucho más reacios que los hombres de modestas miras a convencerse del inadecuado paradero de su libido. Además, la formación de ideal y la sublimación contribuyen en proporciones por entero diversas a la causación de la neurosis. Según tenemos averiguado, la formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión.

No nos sorprendería que nos estuviera deparado hallar una instancia psíquica particular cuyo cometido fuese velar por el aseguramiento de la satisfacción narcisista proveniente del ideal del yo, y con ese propósito observase de manera continua al yo actual midiéndolo con el ideal. Si una instancia así existe, es imposible que su descubrimiento nos tome por sorpresa; podemos limitarnos a discernir sus rasgos y nos es lícito decir que lo que llamamos nuestra *conciencia moral* (*Gewissen*) satisface esa caracterización. Admitir esa instancia nos posibilita comprender el llamado delirio de autoreferencia (*Beachtungs-*) o, mejor, de ser observado (*Beobachtungswahn*), que con tanta nitidez aflora en la sintomatología de las enfermedades paranoides, y que puede presentarse también como una enfermedad separada o entreverada con una neurosis de transferencia. Los enfermos se quejan de que alguien conoce todos sus pensamientos, observa y vigila sus acciones; son informados del imperio de esta instancia por voces que, de manera característica, les hablan en tercera persona. («Ahora ella piensa de nuevo en eso»; «Ahora él se marcha».) Esta queja está justificada, y corresponde a la descripción de la verdad [para el enfermo]; un poder así, que observa todas nuestras intenciones, se entera de ellas y las critica, existe de hecho, y por cierto en todos nosotros dentro de la vida normal. El delirio de ser observado lo figura en forma regresiva y así revela su génesis y la razón por la cual el enfermo se rebela contra él.

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública).

Grandes cantidades de una libido en esencia homosexual fueron así convocadas para la formación del ideal narcisista del yo, y en su conservación encuentran drenaje y satisfacción. La institución de la conciencia moral fue en el fondo una encarnación de la crítica de los padres, primero, y después de la crítica de la sociedad, proceso semejante al que se repite en la génesis de una inclinación represiva nacida de una prohibición o un impedimento al comienzo externos. Las voces y esa multitud que se deja indeterminada son traídas ahora a la luz por la enfermedad, a fin de reproducir en sentido regresivo la historia genética de la conciencia moral. Ahora bien, la rebelión frente a esa instancia censora se debe a que la persona, en correspondencia con el carácter fundamental de la enfermedad, quiere desligarse de todas esas influencias, comenzando por la de sus

padres, y retirar de ellas la libido homosexual. Su conciencia moral se le enfrenta entonces en una figuración regresiva como una intromisión hostil desde el exterior.

La queja de la paranoia muestra también que la autocrítica de la conciencia moral coincide en el fondo con esa observación de sí sobre la cual se edifica. Esa misma actividad psíquica que ha tomado a su cargo la función de la conciencia moral se ha puesto también al servicio de la exploración interior que ofrece a la filosofía el material de sus operaciones intelectuales. Quizás esto no sea indiferente para la formación de sistemas especulativos, distintiva de la paranoia³¹.

Sin duda será importante para nosotros poder discernir también en otros ámbitos los indicios de la actividad de esta instancia de observación crítica que se aguza en la conciencia moral y en la introspección filosófica. Aduzco aquí lo que Herbert Silberer ha descrito como el «fenómeno funcional», una de las pocas adiciones de indiscutible valor que se han hecho a la doctrina del sueño. Como es sabido, Silberer mostró que en estados intermedios entre el dormir y la vigilia es posible observar directamente la trasposición de pensamientos en imágenes visuales, pero que en esas condiciones no suele sobrevenir una figuración del contenido conceptual, sino del estado (de buena predisposición, fatiga, etc.) en que se encuentra la persona que pugna por no dormirse. Análogamente, ha mostrado que muchas claves de los sueños y segmentos del contenido de estos no significan otra cosa que la autopercepción del dormir y el despertar. Ha puesto en descubierto, por tanto, la contribución de la observación de sí -en el sentido del delirio paranoico de ser observado- a la formación del sueño. Esta contribución es inconstante; probablemente yo la descuidé por el hecho de que en mis sueños no desempeña un gran papel; en personas dotadas para la filosofía, habituadas a la introspección, quizá sea muy nítida³².

Recordemos que, según hemos descubierto, la formación del sueño se origina bajo el imperio de una censura que constriñe a los pensamientos oníricos a desfigurarse. Ahora bien, no imaginamos esa censura como un poder particular, sino que escogimos esta expresión para designar un aspecto de las tendencias represoras que gobiernan al yo: su aspecto vuelto a los pensamientos oníricos. Si nos internamos más en la estructura del yo, podemos individualizar también al *ensor del sueño (Traumzensor)* en el ideal del yo y en las exteriorizaciones dinámicas de la conciencia moral. Y si este censor mantiene además alguna vigilancia durante el dormir, comprenderemos que la premisa de su actividad, la observación de sí y la autocrítica, pueda contribuir al contenido del sueño con elementos como «ahora está demasiado adormilado para pensar», «ahora se despierta»³³.

³¹ Agregaré, sólo a modo de conjetura, que la formación y refuerzo de esta instancia observadora podrían contener en su interior también la génesis ulterior de la memoria (subjectiva) y del factor temporal, que no rige para los procesos inconscientes.

³² Silberer, H. (1909), "Bericht über eine Methode, gewisse symbolische Halluzinations-Erscheinungen hervorzurufen und zu beobachten", *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, p. 513.

- (1912), "Symbolik des Erwachens und Schwellensymbolik überhaupt", *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, p. 621.

³³ No puedo decidir aquí si la separación de esta instancia censora del resto del yo puede proporcionar un fundamento psicológico a la división filosófica entre conciencia y autoconciencia.

[DISCUSIÓN DE LA AUTOESTIMA EN EL INDIVIDUO NORMAL Y EN EL NEURÓTICO]

Desde aquí podemos intentar la discusión de la autoestima (*Selbstgefühl*) en la persona normal y en el neurótico.

La autoestima se nos presenta en primer lugar como expresión de la «magnitud del yo» (*Ichgrösse*), como tal, prescindiendo de su complejidad (*Zusammengesetztheit*). Todo lo que uno posee o ha alcanzado, cada resto del primitivo sentimiento de omnipotencia corroborado por la experiencia, contribuye a incrementar la autoestima.

Si introducimos nuestra diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, tendremos que admitir que la autoestima depende de manera particularmente estrecha de la libido narcisista. Para ello nos apoyamos en estos dos hechos fundamentales: en las parafrenias aquella se intensifica, mientras que en las neurosis de transferencia se debilita; y en la vida amorosa, el no-ser-amado disminuye la autoestima, mientras que el ser-amado la eleva. Hemos indicado ya que el ser-amado constituye la meta y la satisfacción en la elección narcisista de objeto.

Además, es fácil observar que la investidura libidinal de los objetos no eleva la autoestima. La dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de disminuirla; el que está enamorado está humillado. El que ama ha sacrificado, por así decir, un fragmento de su narcisismo y sólo puede compensarlo precisamente al ser-amado a su vez. En todos estos vínculos la autoestima parece guardar relación con el componente narcisista de la vida amorosa.

La percepción de la impotencia, de la propia incapacidad para amar a consecuencia de perturbaciones anímicas o corporales, tiene un efecto muy deprimente sobre la autoestima. Según yo lo discierno, aquí ha de buscarse una de las fuentes de esos sentimientos de inferioridad que de tan buena gana proclaman los aquejados de neurosis de transferencia. Empero, la fuente principal de este sentimiento está en el empobrecimiento del yo que es resultado de la enorme cuantía de las investiduras libidinales sustraídas de él, es decir, del deterioro del yo por obra de las aspiraciones sexuales que han eludido el control.

[INFERIORIDAD Y SOBRECAMPENSACIÓN. CRÍTICA DE ADLER]

Adler (1907) [*Estudios sobre la inferioridad de los órganos*] ha sostenido acertadamente que la percepción de las propias inferioridades de órgano actúa como acicate sobre una vida anímica productiva y, por vía de la sobrecompensación, provoca un rendimiento extra. Pero, sería muy exagerado que, siguiendo las huellas de Adler, se quisiese referir todo buen rendimiento a esta condición de la originaria inferioridad de órgano. No todos los pintores están aquejados de defectos en la vista, no todos los buenos oradores fueron al comienzo tartamudos. Existen muchos ejemplos de un rendimiento excelente sobre la base de una dotación de órgano privilegiada. Para la etiología de las neurosis, la inferioridad y la atrofia orgánicas desempeñan un pequeño papel, el mismo, digamos, que el material perceptivo actual tiene para la formación del sueño. La neurosis se sirve de ellas como un pretexto, como lo hace con todos los otros factores idóneos. No acabamos de, creer a una paciente neurótica que, según asevera, contrajo la enfermedad porque era fea, deforme, sin encantos, de suerte que nadie pudo amarla, cuando nos alecciona mejor el caso de la neurótica siguiente, que persevera en

la neurosis y en la repulsa de lo sexual aunque parece más atractiva y deseable que el promedio, y en efecto es deseada. La mayoría de las mujeres histéricas se cuentan entre las exponentes atractivas y aun hermosas de su sexo, y, por otra parte, la frecuencia de defectos, atrofas de órgano y fallos en los estamentos inferiores de nuestra sociedad no produce efecto alguno en cuanto a multiplicar las enfermedades neuróticas en ese ambiente.

[LA AUTOESTIMA Y EL EROTISMO]

Las relaciones de la autoestima con el erotismo (con las investiduras libidinosas de objeto) pueden exponerse en algunas fórmulas, de la siguiente manera: Hay que distinguir dos casos, según que las investiduras amorosas sean *acordes con el yo* [egosintónicas] (*ichgerecht*) o, al contrario, hayan experimentado una represión. En el primer caso (la aplicación de la libido de manera acorde con el yo), el amar es apreciado como cualquier otra función del yo. El amar en sí, como anhelo y como privación, disminuye la autoestima, mientras que ser-amado o correspondido en el amor, hallar efectivamente un objeto de amor, poseer al objeto amado, vuelven a elevarla. En el caso de la libido reprimida, la investidura de amor es sentida como grave reducción del yo, la satisfacción de amor es imposible, y el re-enriquecimiento del yo sólo se vuelve posible por el retiro de la libido de los objetos. El retroceso de la libido de objeto al yo, su transformación en narcisismo, vuelve, por así decir, a representar un amor dichoso, y por otra parte un amor dichoso real responde al estado primordial en que libido de objeto y libido del yo no eran diferenciables.

La importancia de este asunto y la imposibilidad de abarcarlo justificarán que agreguemos ahora algunos enunciados de manera más dispersa.

El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento (*Entfernung*) respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal.

Simultáneamente, el yo ha emitido las investiduras libidinosas de objeto. El yo se empobrece en favor de estas investiduras así como del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y por el cumplimiento del ideal.

Una parte de la autoestima es primaria, el resto [residuo] del narcisismo infantil; otra parte procede de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto.

El ideal del yo ha impuesto difíciles condiciones a la satisfacción libidinal con los objetos, haciendo que su censor rechace por inconciliable una parte de ella. Donde no se ha desarrollado un ideal así, la aspiración sexual correspondiente ingresa inmodificada en la personalidad como perversión. Ser de nuevo, como en la infancia, su propio ideal, también respecto de las aspiraciones sexuales: he ahí la dicha a la que aspiran los hombres.

[EL ENAMORAMIENTO]

El enamoramiento consiste en un desborde de la libido del yo sobre el objeto. Tiene la virtud de cancelar represiones y de restablecer perversiones. Eleva el objeto sexual a ideal sexual. Puesto que, en el tipo de elección de objeto por apoyo, adviene sobre la base del cumplimiento de condiciones infantiles de amor, puede decirse: Se idealiza a lo que cumple esta condición de amor.

El ideal sexual puede entrar en una interesante relación auxiliar con el ideal del yo. Donde la satisfacción narcisista tropieza con impedimentos reales, el ideal sexual puede ser usado como satisfacción sustitutiva. Entonces se ama, siguiendo el tipo de la elección narcisista de objeto, lo que uno fue y ha perdido, o lo que posee los méritos que uno no tiene. En fórmula paralela a la anterior se diría: Se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal. Este remedio tiene particular importancia para el neurótico que por sus excesivas investiduras de objeto se ha empobrecido en su yo y no está en condiciones de cumplir su ideal del yo. Busca entonces, desde su derroche de libido en los objetos, el camino de regreso al narcisismo, escogiendo de acuerdo con el tipo narcisista un ideal sexual que posee los méritos inalcanzables para él. Es la curación por amor, que él, por regla general, prefiere a la analítica. Y aun no puede creer en otro mecanismo de curación; las más de las veces lleva a la cura la expectativa de ese mecanismo, y la dirige a la persona del médico que lo trata. Este plan de curación es estorbado, desde luego, por la incapacidad para amar en que se encuentra el enfermo a consecuencia de sus extensas represiones. Si mediante el tratamiento se ha podido levantar estas en cierto grado, se obtiene a menudo este involuntario resultado: el enfermo se sustrae del ulterior tratamiento para elegir un objeto de amor y confiar a la convivencia con la persona amada su completo restablecimiento. Podríamos contentarnos con este desenlace si no trajera consigo todos los peligros de la oprimente dependencia respecto de ese salvador.

[IDEAL DEL YO Y PSICOLOGÍA DE LOS GRUPOS]

Desde el ideal del yo parte una importante vía para la comprensión de la psicología de las masas. Además de su componente individual, este ideal tiene un componente social; es también el ideal común de una familia, de un estamento [clase], de una nación. Ha ligado, además de la libido narcisista, un monto grande de la libido homosexual de una persona, monto que, por ese camino, es devuelto al yo. La insatisfacción por el incumplimiento de ese ideal libera libido homosexual, que se muda en conciencia de culpa (angustia social). La conciencia de culpa fue originariamente angustia frente al castigo de parte de los padres; mejor dicho: frente a la pérdida de su amor; después los padres son remplazados por un número indefinido de compañeros. La frecuente causación de la paranoia por un agravio al yo, por una frustración de la satisfacción en el dominio del ideal del yo, se vuelve así más comprensible, como también el encuentro de formación de ideal y sublimación en el interior del ideal del yo, la involución de las sublimaciones y el eventual remodelamiento de los ideales en los casos de contracción de una parafrenia.